

Novelas que se atrevían decir su nombre (o lo intentaban)¹

Jorge Luis Peralta

En 1952, el italiano Carlo Coccioli (1920-2003) publicó en Francia *Fabrizio Lupo*, novela clave por su representación explícita y normalizada de la “homosexualidad”. En las antípodas de los retratos injuriosos y patologizantes de la tradición homofóbica, pero alejada también del malditismo de autores como Jean Genet –que emplazaba el sexo entre varones en los dominios de la marginalidad y del delito–, Coccioli parecía esforzarse en afirmar que el “homosexual” era un sujeto como cualquier otro, vale decir, que solo lo diferenciaba del “heterosexual” la peculiaridad de sus preferencias eróticas y afectivas. *Fabrizio Lupo* vino a establecer el modelo del homosexual puro, aspirante a una unión basada en valores (hetero)normativos como monogamia y fidelidad. Había que diferenciarse de la mala homosexualidad que representaban las “maricas” escandalosas y el submundo del ligue callejero y los contactos sexuales ocasionales.² Menos real que necesaria para obtener la aprobación de sectores potencialmente reaccionarios, esta representación idealizada impregnaba de respetabilidad e incluso de santidad –pero un en un sentido inverso al de Jean Genet (1910-1986), ya que Coccioli era católico– a unos personajes que fuera de la literatura no eran –ni querían ser– ni tan respetables ni tan santos, como prueban las memorias de Salvador Novo (1904-1974) y Elías Nandino (1900-1993), para el caso mexicano, o

¹ Este trabajo forma parte del proyecto “Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México” (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER) del Ministerio de Economía y Competitividad de España.

VERSIÓN PRE-PRINT: la versión final, a la que se remite, fue publicada en *Antes del orgullo. Recuperando la memoria gay*, ed. Jorge Luis Peralta, Barcelona-Madrid: Egales, 2019, pp. 235-255.

² En una entrevista concedida en 1996 por la publicación del libro autobiográfico *Por qué yo soy yo*, Coccioli se refirió a *Fabrizio Lupo* en los siguientes términos: “Por primera vez en la literatura, por lo menos en la occidental, se trataba el tema de la homosexualidad como un problema de amor, una forma de amor, una manera de amor. No era ni un libro pornográfico a la Jean Genet, ni un libro moralista a la André Gide, ni un libro poético a la Jean Cocteau, los tres grandes maestros de estos temas en Francia, que han coexistido juntos casi: Genet, que hacía de la homosexualidad una especie de destino negro, de cosa terrible, de catástrofe, con un placer particular; Cocteau, que jugaba, como hizo toda su vida, simpático, agradable, muy amigo mío, y Gide, que era un viejo señor, mucho más grande que yo, de modo que apenas si lo alcancé a saludar una vez. No era un libro escandaloso” (Coccioli en Rivera, 1996: s.p.).

las de Paco Jaumandreu (1919-1995), Malva (c. 1923-2015) o Fernando Noy (1951-), para el argentino.³

*

La versión española de *Fabrizio Lupo* apareció tan solo un año después en México en la Compañía General de Ediciones, en la que también se había traducido, por la misma época, *El homosexual en Norteamérica* de Donald Webster Cory (seudónimo de Edward Sagarin, 1913-1986), otro clásico pre-gay,⁴ uno de los pocos textos simpáticos a los que podía acudir el lector homo en medio de una marea de literatura (pseudo)científica abundante en “anormalidades” y “desviaciones”.⁵ Coccioli fijó México como su lugar de residencia a partir de 1953 (aunque pasaba varios meses al año en París) y muchos de sus libros se publicaron, vertidos al español, en ese país, aunque no llegó a obtener el reconocimiento que deseaba (Coccioli en Rivera, 1996: s.p.). Abelardo Arias (1908-1991) –escritor y editor argentino– pudo acceder a Coccioli a través de sus traducciones mexicanas, pero es más factible que tomara conocimiento de su obra en algunos de los viajes que realizó regularmente a Europa entre los años 50 y 70. *Viaje latino. Francia, Suiza, Toscana*, una crónica de viaje publicada en 1957, dedicaba un extenso capítulo al encuentro con Coccioli en París. Ese mismo año, la editorial Tirso, que Arias codirigía con Renato Pellegrini en Buenos Aires, y que fue una de las primeras en Latinoamérica en difundir literatura de temática homoerótica (Peralta, 2012), dio a conocer un libro del italiano, *Los fanáticos. Auto de fe*, pieza teatral ambientada en México en la que el autor volvía a plantear el tema del homosexual virtuoso sometido a un ambiente hostil. Como en *Fabrizio Lupo*, la

³ Sobre *Fabrizio Lupo*, ver el minucioso análisis de Antonio Marquet (2012), quien subraya la importancia de incluir la novela “dentro de la historia de la literatura mexicana homosexual. En primer lugar por la resonancia y el influjo que tuvo en la literatura mexicana. Por otro lado, porque su autor, Carlo Cócchioli, se estableció en nuestro país donde vivió medio siglo” (60).

⁴ Utilizo este término porque, tal como argumentaré más adelante, la identidad y el movimiento “gay” -atravesados por la reivindicación política y la lógica del “orgullo”- recién comenzaron a articularse, tanto en México como en Argentina, a partir de los años 70 y 80. Pre-gay, en consecuencia, remite a sujetos, prácticas y textos que se organizaban en torno a otros paradigmas, como “homofilia” y “homosexualidad”.

⁵ El sociólogo argentino Juan José Sebreli (2003: 27) señaló que “el impulso para aludir al tema de la homosexualidad provino de Proust y de la pionera *El homosexual en Norteamérica* (1951) de Donald Webster Cory”, hecho que prueba, además, que las traducciones mexicanas de este autor y de Coccioli circularon también en Argentina (de hecho, todavía se consiguen ejemplares en librerías de usados o a través de la página *Mercado Libre*).

clausura exigía la muerte del protagonista, en parte cediendo a los parámetros de la homofobia (el cuerpo homosexual *debe* morir), en parte trazando una especie de martirologio doblemente significativo por la pureza de la víctima (el cuerpo de un homosexual puro *no debería* morir). La solapa de *Los fanáticos* indicaba que sobre el fondo del choque entre dos Américas –la criolla y la rubia– estallaba “el tema de la HOMOFILIA, con esa dignidad en el tratamiento de la que Coccioli dio muestra en FABRIZIO LUPO”.

*

“Homofilia” no era solo una palabra mucho menos comprometedor y explícita que “Homosexualidad” –o su sinónimo hoy en desuso, “Homosexualismo”– y que podía, por lo tanto, pasar desapercibida entre lectores no entendidos. Era eso, sin dudas, pero remitía sobre todo a una actitud compartida, a un posicionamiento ideológico que fomentó sinergias y solidaridades entre sujetos disidentes de las más diversas procedencias. Fue homófilo el mundo pre-gay, anterior al Orgullo, a las reivindicaciones elocuentes y los discursos combativos. Fue homófila la literatura empeñada en limpiar al “homosexual” de pluma y tendencias promiscuas. Fueron homófilos los llamados “entendidos”: respetables y cultos caballeros que deseaban y amaban a otros varones sin hacer alardes ni llamar la atención de quienes, por otro lado, no querían saber nada de esas intimidades sospechosas. De acuerdo con Jonathan Dollimore en *Sexual Dissidence* (1991: 3-19), Oscar Wilde y André Gide propiciaron –a través de sus figuras y de sus obras– dos tradiciones homosexuales diferenciadas que atravesaron todo el siglo XX: una estética transgresiva y anti-esencialista en el caso de Wilde, una ética transgresiva y esencialista en el caso de Gide. Los homófilos se ubicaron decididamente en el linaje gideano: fueron, en este sentido, descendientes de Corydon antes que de Dorian Gray. Las múltiples traducciones latinoamericanas de la obra de Gide entre los años 30 y 50 ratifican su magisterio y ascendencia: no pocos homosexuales de aquella época habrán encontrado en las páginas de *El inmoralista* [*L’Inmoraliste*, 1902] o *Si la semilla no muere...* [*Si le grain ne meurt...*, 1926] un modelo posible para evadir la moralidad dominante. El triunfo de la homofilia sobre el malditismo genetiano (cultivado

solitariamente, en Argentina, por Carlos Correas) o el “loqueo” a lo Wilde que derivará en distintas inflexiones de lo *camp* –de Luis Zapata a Manuel Puig, de Copi a Luis Montaña– se puede localizar, tanto en México como en Argentina, entre los años 50 y 60, ya que a partir de la década de 1970 los buenos modales homófilos serán dejados definitivamente atrás por una nueva generación mucho más combativa (Rapisardi y Modarelli, 2001; Laguarda, 2009).

*

La “prehistoria” de las representaciones del homoerotismo incluye, también en los dos países, un antecedente aislado a comienzos del siglo XX: *Los 41. Novela crítico-social* (1906) de Eduardo Castrejón en el caso mexicano, *Los invertidos* (1914) de José González Castillo, en el argentino. Por un lado, una novela moralizante que recrea un episodio real ocurrido pocos años antes –en 1901– y que implicó una visibilización pionera de sexualidades disidentes en la capital mexicana. Por otro, una pieza dramática que también remitía a la realidad (su protagonista se inspiraba en un conocido juez de la época) y que coincidía en mostrar figuras, espacios y prácticos de una “homosexualidad” consustancial al nuevo paisaje urbano, radicalmente modificado por la inmigración. Ambos textos aspiraban a censurar, pero al mismo tiempo no podían evitar *mostrar* y, por esa misma vía, dar entidad literaria a un tema hasta entonces prácticamente inefable (aunque las huellas del homoerotismo literario se puedan remontar a ejemplos del siglo anterior en los dos países).⁶ Los dos se emplazan, además, desde una mirada ajena a la “homosexualidad”, buscando convencer a lectorxs y espectadorxs de alinearse en un Nosotros horrorizado frente a la depravación de Ellos, o quizá habría que decir Ellas, por la insistente ecuación entre homosexualidad y afeminamiento. Sin embargo, no puede afirmarse el éxito rotundo de esta empresa, porque el mundo de las “maricas”, además de horror, causa cierta extraña fascinación que por momentos pone en riesgo la cruzada moralizadora. El universo de estos personajes, descritos como extravagantes y perversos, llega a

⁶ Para un panorama de la presencia del homoerotismo masculino en la narrativa mexicana del siglo XIX ver el artículo de Chaves (2010); para el caso argentino, se pueden consultar las monografías de Melo (2011) y Peralta (2017).

resultar también inquietantemente atractivo. Aunque trazadas por la pluma del Otro, esas figuras parecen imponer su propia pluma: de allí que una genealogía de la irreverencia “marica” deba remontarse, necesariamente, hasta ellas.

*

Transcurren varias décadas hasta que las letras mexicanas y argentinas vuelven a dar cuenta de disidencias homoeróticas –y conviene subrayar que tuvo que pasar todavía más tiempo para que comenzaran a visibilizar otras formas de disidencia más marginales aún, como las lesbianas o trans. Ese dilatado silencio no responde únicamente a mecanismos de censura y autocensura –que desde luego estaban operando– sino también al hecho de que las subculturas homosexuales urbanas no se consolidaron hasta mediados del siglo XX: que las huellas literarias de su existencia comiencen a multiplicarse a partir de la década de 1960 confirmaría que recién en ese momento se afirmó, así fuera precariamente, una identidad “homosexual”. Hubo relaciones “homosexuales”, por supuesto, desde mucho tiempo antes, pero la gestación de un universo propio, con su red de espacios de encuentro y códigos de sociabilidad no se habría producido hasta esa fecha. La idea de ser un tipo particular de persona y pertenecer, por lo tanto, a un grupo diferenciado dentro de la sociedad señaló un cambio crucial y abrió la senda a las futuras luchas por los derechos de las minorías sexuales, que en ambos países se iniciaron, con desigual fortuna, durante los años 70. Las limitaciones que se suelen achacar a los textos pioneros derivan, evidentemente, de las tensiones puestas en juego a la hora de nombrar y narrar por primera vez deseos, cuerpos y experiencias proscritos por la moral dominante. Había que inventar un lenguaje, unos modelos narrativos, capaces de disputar sentidos con los relatos que, bajo el magisterio de la Iglesia, la Medicina y la Ley, ubicaban la homosexualidad en los campos del pecado, la patología o el delito. En el esfuerzo por “hacer ver” realidades hasta entonces soslayadas, muchos escritores cedieron a las presiones ambientales y acataron algunas cláusulas tácitas –el “homosexual” debía sufrir mucho y, en la instancia del desenlace, morir, preferentemente por suicidio– e incluso se apropiaron de –y reprodujeron– la lógica vincular heteronormativa (amor, monogamia, fidelidad) con el objetivo de elevar y dotar de respetabilidad las

relaciones homosexuales. José Toledo, Alberto Teruel, Eduardo Ales son resabios, en este sentido, de Fabrizio Lupo, personajes, todos ellos, que por momentos hacen hablar a la “homosexualidad” con la voz del enemigo. El fracaso de ese intento de ventriloquia puede ser visto, no obstante, como etapa necesaria del proceso que condujo a nuevas modalidades de (auto)figuración textual del homoerotismo.

*

Ciertamente, la crítica mexicana coincide en señalar *El vampiro de la colonia Roma* (1979) de Luis Zapata (1951-) como la novela que marca un antes y un después, y la crítica argentina hace lo propio con *El beso de la mujer araña* (1976) de Manuel Puig (1932-1990).⁷ Aunque se trata de dos novelas muy diferentes –la primera se centra en la andanzas de un “chichifo” (varón que se prostituye con otros varones); la segunda describe la convivencia en prisión de un homosexual afeminado y un militante de izquierdas– ambas se afirman en el uso de la lengua: las transcripciones de varias cintas en las que Adonis García hace el relato de su vida constituyen el texto que leemos en *El vampiro*; mientras que *El beso de la mujer araña* se compone en su mayor parte de los diálogos que mantienen Molina y Arregui en la celda que comparten. Diferentes formatos, pero una misma voluntad de que el “homosexual” cuente y se cuente, un mismo apego a las marcas de la oralidad, una misma fascinación por los materiales provenientes del cine y de la cultura popular. Para llegar, sin embargo, a esta lengua casi mimética –“marica”, “gay”, “queer” o como se prefiera denominarla– hubo que pasar primero por otras lenguas, tentar otras formas y posibilidades de expresión.

*

La *Memorialia* de José “Pepe” Porrás rescata del olvido, precisamente, una extensa lista de cuentos y novelas que “se atrevieron a decir su nombre” o que, como mínimo,

⁷ Sobre estas dos novelas la bibliografía es muy abundante; remito al trabajo de José Maristany (2010), que sitúa *El beso de la mujer araña* como último eslabón de una serie textual en la que se manifiesta el proceso de resubjetivación individual y colectiva que tuvo lugar, a su juicio, entre los años 60 y 70. En el caso de Zapata, ver el artículo de Laguarda (2007), para quien el éxito de *El vampiro de la colonia Roma* se vincula con que ofreció un importante elemento de identificación para los sujetos que comenzaron a llamarse a sí mismos gays hacia finales de la década de 1970.

lo intentaron. Una gran dificultad para abordar el posible impacto de textos de temática homoerótica en lectores homosexuales de otras épocas radica en la escasez de testimonios: bien podía ocurrir que esos libros que hoy nos resultan tan sorprendentes -dada su audacia- pasaran desapercibidos para muchos de aquellos a quienes estaban dirigidos, por las más variadas razones. En ese sentido, el testimonio de un lector como Porrás -que no solo leyó *todo* lo que había que leer, sino que es capaz de evocarlo con exactitud casi enciclopédica- resulta revelador. Todas las novelas mexicanas que comento en estas notas son puntualmente recobradas por la memoria del autor. Clave para su lectura es el hecho de que más allá de su valor literario, estas novelas devolvían imágenes (positivas y negativas) en las cuales reconocerse: la ciudad *leída* era también la ciudad *vivida*. Refiriéndose, por ejemplo, a *Los inestables* de Alberto Teruel, Porrás sostiene que la novela “nos recuerda: no es lo mismo crecer como heterosexual a crecer como homosexual”. La narrativa pre-gay tuvo, entonces, un decisivo rol formativo, al proponer tramas por fuera de la lógica heteronormativa y patriarcal. Quizás hoy hayan “envejecido”, pero fueron de rabiosa actualidad para quienes, como nuestro autobiógrafo, pudieron leerlas y encontrarse, para bien y para mal, entre sus páginas.

*

Años antes de que el *Vampiro* de Zapata y la *Mujer Araña* de Puig partieran las aguas de la representación “homosexual”, un raro trío de textos inauguraba el terreno. Curiosamente, *El diario de José Toledo* de Miguel Barbachano Ponce (1930-), *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* de Paolo Po (seud. de Manuel Aguilar de la Torre, 1926–2003)⁸ y *Asfalto* de Renato Pellegrini (1932-2012) vieron la luz el mismo año: 1964. En el caso mexicano, la novela de Barbachano Ponce tiende a ser considerada la primera de temática homosexual en el país, aunque en sentido estricto la de Po se

⁸ Paolo Po/Manuel Aguilar de la Torre escribió otras dos novelas publicadas en la misma editorial, Costa-Amic, durante la década de 1960: *Los tarados del siglo XX* e *Historia de un millón de muchachos. Una generación degenerada*, esta última de temática homoerótica. Según el actual responsable de la editorial, existe la intención de volver a publicar estas novelas de Po y otras publicadas por el sello en los años 60 y 70- y que también abordaron la homosexualidad (Teposteco, 2016a).

publicara unos meses antes;⁹ en el caso argentino, otra novela previa de Pellegrini, *Siranger* (1957), ya abordaba subrepticamente el tema –y lo mismo cabe decir de textos de José Bianco, Abelardo Arias y Manuel Mujica Lainez– pero *Asfalto* constituye sin dudas el hito inicial de la representación explícita del homoerotismo en la novela argentina.¹⁰ A estos textos pioneros se añadirían otros dos hacia finales de la década, ambos en México: *Los inestables* de Alberto X. Teruel (seud. de Octavio Barona, 1924-1998) en 1968 y *Después de todo* de José Ceballos Maldonado (1919-1995) en 1969. Los riesgos de publicar este tipo de literatura en ese momento histórico resultan evidentes por las dificultades que los autores debieron afrontar antes y después de la salida de sus libros. Como destaca Luis Mario Schneider (1997: 74), el uso de seudónimos por parte de escritores mexicanos sugiere “‘temor’ a dar el rostro en un tema por entonces totalmente tabú”. También era difícil que una editorial estuviese dispuesta a publicar estos materiales: Barbachano Ponce financió él mismo *El diario de José Toledo* y Pellegrini dio a conocer sus novelas en la editorial que codirigía con Abelardo Arias. Otro riesgo importante era la censura: *Asfalto* fue procesada por obscenidad y si bien el autor resultó absuelto, se mantuvo alejado de los círculos literarios y no volvió a publicar hasta la década de 1990. Que muchos de estos textos sean hoy difíciles de conseguir –o prácticamente inhallables– contribuye al olvido en que han caído junto con sus autores, sumado al hecho de que la literatura posterior pudo ir *mucho más lejos* en su exploración de géneros y sexualidades transgresoras. Sería erróneo suponer, sin embargo, que esta literatura no tiene valor literario –cuando mucho, documental– y que los mundos que describe se inscriben unívocamente en una forma de comprensión de la “homosexualidad” que ya hemos superado. Al articular esos mundos, las novelas pre-gais ensayan diversas

⁹ No pude leer esta novela, de difícil acceso actualmente. De acuerdo con Schneider (1997: 74): “su personaje, nada escandaloso, más que en fantasmas se revela en un sinnúmero de líricas fantasías, ensoñaciones que más que humanas se transforman en literarias. Novela próxima a lo religioso, no mundana, cargada de angustias, de dobleces donde un dolorido joven se debate, se contempla, se contradice en imploraciones a Dios y a la vez en blasfemias. Hay más desahogos atormentados que planteamientos reales. Se siente mucho mano de narrador por no decir demasiada, pocas dudas entre normalidad y “anormalidades” donde su autor se cura en salud con un epígrafe que invoca el amor y termina aceptando el designio como voluntad divina”. Ver también el estudio que sobre esta novela realizó Rocha Osornio (2012) y la nota de Teposteco (2016b) acerca de la identidad del autor.

¹⁰ En el campo de la narrativa breve, fue pionero el cuento “La narración de la historia” de Carlos Correas, publicado en una revista universitaria en 1959 y procesado, al igual que *Asfalto*, por “obscenidad”. Con respecto a México, el panorama de cuentos y relatos de temática homoerótica masculina es muy amplio y diverso; ver al respecto los trabajos de Muñoz (2011), Villegas Martínez (2011) y Reséndiz Oikión (2018).

posibilidades, acuden a varias tradiciones disponibles, afirman valores pero también los contradicen; no ofrecen, en definitiva, miradas tan esquemáticas o estables como se suele presuponer. Son mucho más raras (¿*queer*?) de lo que sospechamos, porque no saben todavía lo que son (o quieren ser): están en el proceso de descubrirlo.

*

Ciudad y homosexualidad fluyen y confluyen en la novelística pre-gay. El protagonista de *Asfalto*, un adolescente provinciano llamado Eduardo Ales, llega a Buenos Aires y descubre –se descubre– en el frenético caos de calles, pensiones, bares y baños públicos de la capital porteña. Una misma trayectoria guía los pasos de Alberto Teruel por el DF en *Los inestables*.¹¹ Ambos han tenido una mínima experiencia homosexual en sus provincias de origen, pero será la ciudad el escenario idóneo de sus exploraciones. Seres puros “devorados” por ambientes sórdidos, tanto Eduardo como Alberto fracasan en sus búsquedas: el primero porque rechaza la posibilidad de un vínculo amoroso con otro hombre y apuesta a un improbable futuro “heterosexual” (Brant); el segundo porque se consagra a un ideal irrealizable: la pareja homosexual forjada a imagen y semejanza de la hetero. El telón de fondo, en ambas, son múltiples hombres que deambulan por la ciudad ligando, en busca de contactos sexuales ocasionales, sin pausa y sin culpa.¹² Como si los hubiesen colocado en la novela equivocada, la utópica perfección de Eduardo y Alberto no hace sino intensificar el realismo del paisaje homoerótico que los rodea. Tal vez la única forma de presentar ese paisaje era negándolo, convirtiéndolo en el reverso de un modo más auténtico y ordenado de experiencia homosexual. Pero manifestar rechazo por los “vicios” y “depravaciones” de la gran ciudad no implica que no pudieran resultar atractivos y

¹¹ No encontré bibliografía crítica sobre esta novela, pero la nota de Teposteco (2016c) ofrece valiosa información sobre su autor.

¹² Resulta interesante destacar que el modelo de relación que prevaleció antes de la consolidación de lo “gay”, el modelo jerárquico en el que homosexual afeminado, “la loca”, se relacionaba con hombres presuntamente heterosexuales, muy varoniles y que en general desempeñaban el rol activo en los intercambios sexuales -conocidos popularmente como “chongos” en Argentina y “chacales” o “mayates” en México- prácticamente brilla por su ausencia en las novelas de esta época. Eduardo Ales, descrito como un joven masculino, se relaciona en general con hombres más grandes, también masculinos, al igual que Alberto Teruel; las “locas” aparecen siempre como figuras secundarias. En *Después de todo*, el protagonista se vincula con muchos personajes que encajarían en el perfil del “chacal”, pero él se ocupa de dejar en claro que no es una “loca”. Solo en *El diario de José Toledo* se esboza este tipo de relación, pero despojada de connotaciones sexuales.

deseables a posibles lectores. En tal sentido, Pellegrini y Teruel habrán facilitado a más de uno –acaso involuntariamente– un mapa o “manual de instrucciones” para reconocerse y encontrar a sus iguales. Eduardo y Alberto “terminan mal”, pero sus compañeros de ruta no: allí descansa en buena medida la ambigüedad de estas novelas.

*

Si los protagonistas de *Asfalto* y *Los inestables* descubrían en un doble movimiento el espacio urbano y la sexualidad fuera de la norma, el de *Después de todo*, Javier Lavallo, llega al DF huyendo del escándalo que desataron en Guanajuato sus aventuras homosexuales con jóvenes alumnos.¹³ La dinámica entre la ciudad de provincia y la gran metrópoli se actualiza continuamente en el ir y venir narrativo entre pasado y presente que sirve de hilo conductor a la novela. Sin embargo, el presente desde el cual escribe el personaje –evocando los acontecimientos que derivaron en su salida forzada de Guanajuato– no se caracteriza por la exploración de los ambientes homoeróticos de la capital; al contrario, Lavallo apenas sale de la pensión en la que vive: su tiempo se divide entre la escritura de las memorias; llamados y visitas de jóvenes a los que ya no puede pagar por sus servicios sexuales (no tiene trabajo) y una relación tormentosa con un adolescente, Rolando, que parece interesarse cada vez más en su noviazgo con una mujer. Si es verdad, como afirma Víctor Torres, que el protagonista de esta novela rompe con los personajes homosexuales que le precedieron “pues no busca perdón ni aceptación” (2010: 91), no debe pasarse por alto que también incluye “el trillado patrón de la crónica patética de encuentros desastrosos, persecuciones, y destrucción emocional y física” (Foster, 1991: 104). El relato –a manera de “álbum”– de los diferentes amantes que tuvo a lo largo de su vida se entrecruza en ciertos pasajes con la descripción de fracasos amorosos que condujeron al protagonista al borde de la obsesión y la desesperación, especialmente su relación con Leonardo en Guanajuato y con Rolando en DF. La frecuentación de múltiples parejas sexuales se retrata sin ningún vestigio de culpa o perturbación (en las antípodas de *Los inestables*), pero al mismo tiempo se despliega un torturado discurso

¹³ Agradezco a Saúl Villegas Martínez, quien tuvo la amabilidad de enviarme una copia de esta novela.

amoroso que vuelve a investir el vínculo homosexual de tragedia y patetismo.¹⁴ En este sentido, la orgullosa y por momentos desafiante autobiografía de Javier Lavalle no está tan lejos, *después de todo*, del diario de José Toledo.

*

Señalada comúnmente como la primera de temática homosexual publicada en México, *El diario de José Toledo* se apoya en un falso formato autobiográfico para dar voz al testimonio de un muchacho atormentado por el final de su relación sentimental con otro, Wenceslao; relación vivida, como tantas otras en esa época (los años 50), en los oscuros confines del armario. El truco del “diario íntimo” encontrado por el autor en la calle sirve de marco, y entre el relato en primera persona del cuaderno y la narración objetiva que lo completa y diversifica se teje una constelación de experiencias marcadas por la vergüenza, el sufrimiento, la culpa, el fracaso y la doble vida. Otra vez el final trágico –José Toledo se suicida– y otra vez la ambivalencia: ¿se mata por amor, y entonces el final es trágico como podría serlo en una historia amor convencional (es decir, heterosexual)? ¿se mata como consecuencia de la homofobia que lo rodea? ¿se mata porque el homosexual *debe morir*? Para Marina Pérez de Mendiola (1996: 198), el desenlace no constituye un castigo a la transgresión del personaje y el texto de Barbachano Ponce se muestra cómplice con él en dos sentidos: por un lado, plantea cada una de las partes de la novela como “suplementos” co-dependientes (en el sentido derrideano) que establecen una dialéctica orientada a socavar convenciones literarias y sociales; por otro lado, inscribe la homosexualidad como masculinidad no fálica “ofreciendo otros paradigmas de identidad sexual” (197). José Toledo es, en efecto, la clase de homosexual afeminado del que tienden a abjurar otras novelas de la época. Identificado con lo femenino como otras tantas “locas”, Toledo abraza paradigmas ajenos –“heterosexualidad” y “catolicismo”– posiblemente con la idea de que al desexualizar y universalizar su experiencia le será dada la aprobación social. Esa “imitación” puede tener un elemento subversivo, como sugiere Pérez de Mendiola

¹⁴ En este sentido, vale la pena establecer la comparación con las memorias de Elías Nandino (2000), quien también da cuenta de múltiples parejas sexuales y sentimentales, pero aceptando sin dramatismo que las relaciones tienen una duración determinada: “El amor no es eterno, pero el tiempo que es amor, es cielo e infierno a la vez, es decir, un martirio gozoso” (137).

(194), pero no deja de conducir a la alienación. Por vías distintas, entonces, tanto el monógamo José Toledo como el promiscuo protagonista de *Después de todo* chocan con el muro infranqueable del Amor.

*

La repetición de patrones argumentales, temáticos e ideológicos de una novela a otra no debe resultar sorprendente: podría decirse que, “hijas de su tiempo”, atraviesan la mismos lugares comunes, en la tensión entre socavar la homofobia reinante y sucumbir a algunos de sus mandatos. Leemos en *Asfalto*:

Homosexual. ¿Qué era, en verdad, un homosexual? No seguramente uno de esos putos de mierda que andan buscando encamarse con media humanidad. ¿Entonces? ¿Tenía yo algo de común con ellos? ¿me parecía, aunque más no fuera en algo, a Barrymore, al doctor, a los tipos del asfalto, a Ricardo? [...] ¿Puede ser uno homosexual así, como soy yo? (Pellegrini, 2004: 193).

Y en *Los inestables*:

—¡Maricón! Había dicho el señor refiriéndose a él... ¡A él!... Lo había catalogado como a uno de “esos”; al igual que mozo de doña Carmelita, del que el propio Jaime y él también se habían expresado en términos tan despectivos y ridículos y del que tanto se burlaban debido a sus ademanes retorcidos y amanerados, y por sus miradas de “deseo” que lanzaba a todos los hombres bien parecidos del pueblo... ¿Él, igual que Salvador? ¿Tan sólo un maricón?... (Teruel, 1968: 27)

La excepción —*El diario de José Toledo*— confirma la regla y todas las novelas insisten en afirmar la masculinidad: “homosexualidad”, en el universo homófilo, no es lo mismo que “mariconería”. Al mismo tiempo, y porque para poder marcar la diferencia deben explicitarla, los autores no tienen otro remedio que hacer entrar en escena a las “locas”, y por mucho que los narradores y los personajes las censuren, resulta claro que viven su género y su sexualidad de manera libre y desprejuiciada; muchas veces, de hecho, aparecen exactamente como lo opuesto de los atribulados protagonistas. Concluir que estas novelas son, como mucho, una pintoresca “reliquia” de tiempos muy oscuros que hemos dejado afortunadamente atrás, implica desconocer que en su interior hablan muchas voces, se entretajan múltiples discursos

y perspectivas, no siempre coherentes y no únicamente “trágicos”, “esencialistas” o “pasados de moda”. Hasta se podría decir –volviendo a las citas anteriores– que la pregunta que se hacen los personajes no tiene que ver solo con performances de género masculinas o afeminadas; en un sentido más profundo, se están preguntando qué son, o si son eso que les dicen que son. Más que establecer y dar por cerrada la identidad, estas novelas la interrogan, tantean sus límites, exploran sus posibilidades: realizan, en definitiva, un gesto *queer*.

*

Debo a Pepe Porras el descubrimiento de *Los inestables* y de otras tantas piezas literarias que su prodigiosa memoria recupera en las páginas que abren este volumen. Durante mi estadía en Ciudad de México, en junio de 2017, tuve la oportunidad de conversar con él y el privilegio de que me regalara ejemplares y fotocopias de muchas de esas raras joyas difíciles de encontrar. Siguiendo sus consejos, recorrí largamente las librerías de la calle Donceles buscando tal o cual título. Debo agradecerle, por tanto, la generosa invitación a descubrir y recorrer una geografía literaria que, más allá de su valor estético, convoca espacios, personajes y prácticas de los que ya no quedan prácticamente rastros. Las notas aquí esbozadas han querido dar cuenta de mi interés por ese pasado a la vez remoto y familiar. Los “homosexuales” y “maricas” del Buenos Aires y del DF de los años 60 no tienen nada que ver “nosotros” y al mismo tiempo no dejan de interpelarnos, como si las novelas que los tienen de protagonistas *también* hablaran de nosotros. Cabe recordar aquí la propuesta de Didier Eribon (2012: 129) sobre el diálogo que puede llegar a establecerse entre disidentes “pasados/as” y “futuros/as”:

Acordémonos de Gide cuando en *Los alimentos terrestres* se dirige a un muchacho del porvenir; acuérdense de Monique Wittig en *El cuerpo lesbiano* y de su llamamiento a la creación de una cultura lesbiana... Y los que se reconocen en las señales a ellos dirigidas, los que se agrupan y se inventan en torno a unas señales y a partir de ellas, conciben y constituyen como su historia (particular y común) estos textos del pasado que reclamaron y crearon un futuro que es ahora su presente. La memoria del grupo va al encuentro de lo que fue algún día una anticipación, para constituirla como su pasado, su referencia.

Resulta imprescindible, a mi juicio, que un archivo latinoamericano gay/marica/joto/queer -o como prefiramos denominarlo- incluya estas novelas pioneras; que nuestra “memoria de grupo” abrace también sus tímidos -y no tan tímidos- intentos por rehuir los mandatos de la heterosexualidad obligatoria. Los textos aquí recuperados nos recuerdan experiencias y sentimientos que no han dejado de constituir subjetividades fuera de la norma desde entonces y hasta nuestro días. Son, en este sentido, un recordatorio tanto de lo que hemos logrado, como de lo que todavía tenemos que conquistar.

Referencias bibliográficas

- ARIAS, Abelardo (1957): *Viaje latino. Francia, Suiza, Toscana*, Buenos Aires: Tirso.
- BARBACHANO PONCE, Miguel (1988 [1964]): *El diario de José Toledo*, Premiá, Puebla.
- BRANT, Herbert (2004), “Homosexual Desire and Existential Alienation in Renato Pellegrini’s *Asfalto*”, *Confluencia. Revista Hispánica de Cultura y Literatura*, vol. XX, 1, 120-134.
- CASTREJÓN, Eduardo (seud.) (2010 [1906]): *Los 41: novela crítico-social*, ed. Robert McKee Irwin, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- CEBALLOS MALDONADO, José (1969): *Después de todo*, Diógenes, México.
- CHAVES, José Ricardo (2010): “Afeminados, hombrecitos y lagartijos. *Narrativa mexicana del siglo XIX*”, en Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (eds.), *México se escribe con J*, Temas de Hoy, México, 65-85.
- COCCIOLI, Carlo (1953 [1952]): *Fabrizio Lupo*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Compañía General de Ediciones, México.
- (1957): *Los fanáticos. Auto de fe*, Tirso, Buenos Aires.
- DOLLIMORE, Jonathan (1991): *Sexual Dissidence. Augustine to Wilde, Freud to Foucault*. Clarendon, Oxford.
- ERIBON, Didier (2012): “Vidas atormentadas. El futuro de una herencia”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 3, 111-130.
- FOSTER, David William (1991): *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing*, University of Texas, Austin.

- GONZÁLEZ CASTILLO, José (2015 [1914]): *Los invertidos*, estudio preliminar de Mónica Villa, Corregidor, Buenos Aires.
- JAUMANDREU, Paco (2014 [1975-76]): *La cabeza contra el suelo. Memorias*, Caballo Negro, Córdoba.
- LAGUARDA, Rodrigo (2007): “*El vampiro de la colonia Roma: literatura e identidad gay en México*”, *Takwá*, 11-12, 173-192.
- (2009): *Ser gay en la ciudad de México: lucha de representaciones y apropiación de una identidad (1968-1982)*, Instituto Mora, México.
- MALVA (2010): *Mi recordatorio. Autobiografía de Malva*, Libros del Rojas, Buenos Aires.
- MARISTANY, José Javier (2010): “Fuera de la ley, fuera de género: escritura homoerótica y procesos de subjetivación en la Argentina de los 60-70”, en José Javier Maristany (coord.), *Aquí no podemos hacerlo. Moral sexual y figuración literaria en la narrativa argentina (1960-1976)*, Biblos, Buenos Aires, 2010, 185-241.
- MARQUET, Antonio (2012): “Castrejón, Cócchioli y Novo: La novela gay en la primera mitad del siglo XX”, *Literatura mexicana*, vol. 17, 2, 47-72.
- MELO, Adrián (2011): *Historia de la literatura gay en Argentina. Representación sociales de la homosexualidad masculina en la ficción literaria*, Lea, Buenos Aires.
- MUÑOZ, Mario (2011): “La literatura mexicana de transgresión sexual”, *Amerika*, 4. <https://bit.ly/2O8xhaz>
- NANDINO, Elías (2000): *Juntando mis pasos*, Aldus, México.
- NOVO, Salvador (2008 [c. 1945]): *La estatua de sal*, Fondo de Cultura Económica, México.
- NOY, Fernando (2018): *Peregrinaciones profanas*, Sudamericana, Buenos Aires.
- PELLEGRINI, Renato (2004 [1964]): *Asfalto*, Tirso, Buenos Aires.
- PERALTA, Jorge Luis (2012): “Ediciones Tirso y la difusión de literatura homoerótica en Latinoamérica”, en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (eds), *Lengua, cultura y política en la historia de la traducción en Hispanoamérica*, Academia del Hispanismo, Vigo, 191-200.
- (2017): *Paisajes de varones. Genealogías del homoerotismo en la literatura argentina*, Icaria, Barcelona.
- PÉREZ DE MENDIOLA, Marina (1996): “*El diario de José Toledo: A Queer Space in the World of Mexican Letters*”, en David W. Foster y Riberto Reis (eds.), *Bodies and Biases*.

- Sexualities in Hispanic Cultures*, University of Minnesota, Minneapolis y Londres, 184-202.
- Po, Paolo (seud.) (1964): *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas*, Costa-Amic, México DF.
- PUIG, Manuel (2015 [1976]): *El beso de la mujer araña*, Seix Barral, Barcelona.
- RAPISARDI, Flavio y Alejandro MODARELLI (2001): *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Sudamericana, Buenos Aires.
- RESÉNDIZ OIKIÓN, Ernesto (2018): “La jotería es puro cuento”, en Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (eds.), *México se escribe con J* (segunda edición ampliada), Temas de Hoy, México, en prensa.
- RIVERA, Héctor J. (1996): “Aparece *Por qué yo soy yo*, una entrevista autobiográfica”, *Proceso*, <https://bit.ly/2uHUiJi>
- ROCHA OSORNIO, Juan Carlos (2012): “El performance del insulto en los albores de la novela mexicana de temática homosexual: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas de Paolo Po*”, *Cincinnati Romance Review*, 34, 97-11.
- SCHNEIDER, Luis Mario (1997): *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, Nueva Imagen, México.
- SEBRELI, Juan José (2003): *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* seguido de *Buenos Aires, ciudad en crisis*, Sudamericana, Buenos Aires.
- TEPOSTECO, Miguel Ángel (2016a): “La editorial Costa-Amic, en busca de la renovación”, *El universal*, <https://bit.ly/1TcHJwz>
- (2016b): “Paolo Po: la historia oculta tras el autor de la primera novela gay en México”, *Confabulario*, <https://bit.ly/2LwQv80>
- (2016c): “Identidades secretas y la homofobia interiorizada: el caso de Alberto X. Teruel”, *Confabulario*, <https://bit.ly/2uzPTrX>
- TERUEL, Alberto X. (seud.) (1968), *Los inestables*, Costa-Amic, México DF.
- TORRES, Víctor Federico (2010): “Del escarnio a la celebración. *Prosa mexicana del siglo XX*”, en Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (eds.), *México se escribe con J*, Temas de Hoy, México, 86-100.
- VILLEGAS MARTÍNEZ, Saúl (2011): *El personaje gay en seis cuentos mexicanos. Un acercamiento crítico desde la perspectiva de género, los estudios gay y la teoría queer*, Universidad Veracruzana, Xalapa.

WEBSTER CORY, Donald (seud.) (1951 [1952]): *El homosexual en Norteamérica: estudio subjetivo*, trad. Alfredo Sánchez Luna, Compañía General de Ediciones, México.

ZAPATA, Luis (2017 [1979]), *El vampiro de la colonia Roma. Aventuras y desventuras de Adonis García*, Random House Mondadori, México.